

*Lengua víbora. Producciones de lo femenino en la escritura de mujeres chilenas**

Raquel Olea. *Lengua víbora. Producciones de lo femenino en la escritura de mujeres chilenas*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1998

Lucía Invernizzi



Pienso que no soy la persona más competente para presentar este libro de crítica literaria feminista de Raquel Olea. En el espacio de la producción de textos literarios y críticos de mujeres, en los años recientes, no he tenido participación efectiva. Mi relación con él ha sido de otra índole, ligada a la gestión universitaria y objetivada como voluntad y acción de favorecer la incorporación de esos ámbitos y su desarrollo en el espacio académico.

Una tarea que, si bien vicaria a las de creación literaria y crítica feministas que emerge en nuestro medio cultural desde mediados de los años ochenta y principios del 90 –y de las que Raquel Olea se ocupa en su libro– comparte con ella, no sólo la simultaneidad de su emergencia, sino varios de los elementos y rasgos identificatorios que Raquel señala para la producción literaria y crítica de mujeres. Sobre ello, haré aquí algunas consideraciones.

La instalación de estudios de la producción cultural de mujeres en el mundo académico, que por lo menos en lo que concierne a la Universidad de Chile –también a la Universidad de Concepción–, se inicia en el campo de los estudios literarios, surge en el contexto de una universidad intervenida, vigilada, que no sólo imponía y reafirmaba ordenamientos tradicionales, sino que además mediante explícitos o implícitos mecanismos de control, censura, marginación, reducía, limitaba, empobrecía, constreñía el quehacer y desarrollo académicos, muy especialmente en las áreas humanísticas, artísticas y de las ciencias sociales.

Incorporar contenidos relativos a producción cultural de mujeres en la estructura y organización de los estudios y del trabajo académicos, entonces vigentes, dar lugar y visibilidad a esferas tradicionalmente ausentes de ellas, tenía la orientación y sentido de rechazo y cuestionamiento a sistemas dominantes y hegemónicos, de búsqueda de apertura de espacios académicos para objetos, saberes, prácticas, quehaceres excluidos y de interrogación a las formas dominantes de institucionalización de disciplinas y saberes. Era también nuestra forma de romper encierros y clausuras, transitar territorios nuevos e inexplorados que nos conectaran con un “afuera” distante y ajeno en el que venían aconteciendo procesos de reflexión que estaban transformando prácticas y quehaceres intelectuales y revisando los fundamentos mismos de las disciplinas que cultivábamos. Era en verdad, la búsqueda de espacios de libertad, de renovación, de nuevas relaciones con otros que nos permitieran no sólo ampliar y enriquecer perspectivas y horizontes académicos, sino que

*Texto preparado para la presentación del libro.

también nos ayudaran a construir un ámbito que, aunque fuese estrecho, frágil, y quizá tan sólo un remedo de la libertad, renovación y relación humanas a que aspirábamos, nos diese la fuerza y la esperanza de un futuro de signo diferente que nos alentara, por lo menos, en el arduo y agotador esfuerzo de supervivencia académica y en el intento de construcción de una vida y convivencia universitarias más plenas, más humanas.

Esos cursos y seminarios sobre novelas de escritoras latinoamericanas de los '80 que por entonces hicimos—y que fueron el inicio de la inserción de esos temas en los programas de estudio de literatura—constituyeron una experiencia en la que lo académico estaba estrechamente ligado a las tensiones, angustias, inquietudes, anhelos irrealizados del cotidiano vivir. Por eso, valieron entonces y valen en la revisión y recuerdo actuales, como experiencia humana que mucho significó en nuestras vidas personales aunque ahora, y a la luz de los desarrollos de la reflexión, de las teorías literarias, de la crítica literaria feminista se nos hagan muy evidentes, las limitaciones de que adolecían nuestras aproximaciones de entonces que operaban sin conciencia clara, por ejemplo, de los distingos entre literatura femenina y feminista —que Raquel precisa en la Introducción de su libro, sin otro instrumental teórico y metodológico que el tradicional en la lectura de los textos o en el trabajo genealogista que Eliana Ortega, con fundamento, propone y practica, y al que nosotros llegábamos a partir de la pregunta por las antecesoras de las narradoras que estudiábamos, que nos llevaron a ocuparnos de las excluidas de los cánones oficiales, las grandes excepciones, las figuras pioneras, madres fundadoras en el decir de Eliana Ortega.

Pero lo que me interesa destacar aquí es que la incorporación de literatura de mujeres en nuestro medio universitario comparte mucho de lo que Raquel Olea señala como contexto, orientación y sentido de la producción literaria de mujeres chilenas entre mediados de los años 80 y principios de los 90, que ella estudia; así como también comparte un destino común de escasa incidencia, recepción, inscripción y legitimación en sus respectivos campos, pues al igual que esa producción literaria para la crítica oficial e institucional, nuestros cursos y seminarios de entonces sólo suscitaron en el medio académico un ineludible “reconocimiento de existencia”; una aceptación no muy entusiasta y frecuentemente en lugares no centrales del currículum y más de alguna suave violencia en términos de sospecha o impugnación de precariedad, falta de consistencia y valor para la empresa universitaria de producir y difundir conocimiento y contribuir a la formación de los estudiantes.

Pero a pesar de ello, y aún cuando no hayan cumplido a cabalidad su propósito de interrogar a las formas institucionalizadas de disciplinas y saberes, esos cursos y seminarios de los ochenta instalaron temas y problemas de la literatura producida por mujeres en el espacio académico y por ello creo que, así como Raquel Olea señala al *Primer Congreso Internacional de Literatura Femenina* de 1987 como el antecedente de una nueva escena crítica, la inauguración de una recepción crítica feminista de los textos, nuestros cursos y seminarios de los '80, lo fueron del desarrollo posterior de esos estudios que, en la Universidad de Chile, empiezan a definirse de manera más estricta y acotada, a principios de la década del 90, con la instauración de los estudios de género en las Facultades de Filosofía y Humanidades, con Kemy Oyarzún y de Ciencias Sociales, con Sonia Montecino, coincidiendo con un momento de renovación de muchas dimensiones del

quehacer académico, a la que han aportado importantemente académicos que, marginados de la Universidad por la dictadura, se han reincorporado a ella. A partir de entonces, esos estudios han tenido un desarrollo vigoroso y continuo que, desde la perspectiva de género proyectada a diferentes disciplinas y desde el trabajo interdisciplinario que cultivan, plantea efectivos cuestionamientos a los saberes institucionalizados. Pero, sin embargo, cabe señalar que, a pesar de sus logros y productividad académicos, de reconocimientos externos obtenidos, la legitimación institucional de esos estudios sigue siendo precaria, su lugar dentro de la estructura, todavía es excéntrica: son programas, no unidades académicas básicas, como departamento, centro o instituto.

Resultado tal vez, de la "treta del débil" institucional que los introdujo operando sobre estructuras académicas establecidas y dominantes, se "allega" a ellas para intervenirlas y poner en ellas otros contenidos y sentidos.

Y es a este propósito que correspondería terminar diciendo, sobre el tema de la instauración de los estudios de producción cultural de mujeres y de la perspectiva de género en nuestro quehacer universitario –extensible a la situación de la mujer académica y a su relación con el poder institucional–, que su proceso pareciera ser equivalente a la trayectoria de la mujer en distintos ámbitos de creación cultural, al que son aplicables los términos con los que Raquel Olea, lo sintetiza para el caso de las escritoras, que, accediendo al poder de la palabra por vías siempre oblicuas "unas, en la casi total adscripción a las leyes textuales masculinas, es decir, sin contradecir cánones; otras asumiendo su descentramiento social, se han visto obligadas a la institución de múltiples "estrategias del débil" –políticas, sexuales, textuales-corporales; para con rendimientos individuales diversos, contribuir a indicar señales de tránsito e instalación en los espacios del poder intelectual". En cada caso, las mujeres han advenido a ese lugar con un rango de excepción entre su género, como allegadas al poder masculino..." lo que determina la precariedad de la imagen y el lugar de la mujer escritora como garantía de producción simbólica, una marginación que si bien no es la misma que afectaba a la mujer en décadas anteriores, persiste, como efecto de "esa suave violencia" de que ha hablado Bourdieu, sigue perpetuando modernas formas de misoginia que obstaculizan la alteración que significa el ingreso de nuevos corpus de escritura al canon, como asimismo resiste a la figura de la escritora y su poder disruptor en las tradiciones vigentes; concluyendo de ello que el lugar social de la escritora, de aval a los textos escritos por mujeres, con poder de interlocución e intervención en la historia "aún está por construirse".

A esa meta tiende el trabajo de Raquel Olea que se plantea desde el requerimiento actual de una crítica feminista que, instalando el corpus de textos de mujeres en el corpus dominante se oriente a "construir sentidos en los textos como productividad cultural que pueda intervenir y ampliar los corpus masculinos, cerrados en corrientes, generaciones, épocas, sin posibilitar cruces y transversalidades textuales. Pienso –dice– en una crítica feminista que abra la historia literaria, que quiebre linealidades, cronología en una producción de lecturas desestructuradoras que relacionan significaciones en la productividad del lenguaje, ampliando su rendimiento a otras textualidades".

El logro de esa meta exige otros acercamientos, aproximaciones a los textos diferentes a los tradicionales o a los que imperan en

espacios de la crítica institucionalizada, oficial. Requieren una “recepción cómplice”, una lectura fundada en la teoría de la recepción, que no se proponga “comprobar juicios ni sospechas ideológicas”, sino que ponga en crisis verdades interpretativas, interrogué los órdenes genéricos, políticos, culturales, “operando desde las anticipaciones, conocimientos, y estados de conciencia, deseos de quien lee”, en una búsqueda de “indicios dados por los significantes, las construcciones sintácticas, las escenas textuales, en la indagación de las tensiones internas que el texto establece con sus contextos (de producción, de recepción), a los que la lectura, como encuentro y diálogo con el texto, da concreción, construyendo correlatos de significación que el texto crítico escenifica con sentidos de una lectura que abre la escritura y los diferentes códigos –sexuales-textuales, políticos-culturales, inscritos en el texto, a una multiplicidad de efectos dejándolo siempre abierto a nuevas lecturas, como potencial de producción de sentidos.”

Y ésa es la lectura que Raquel hace de los textos de tres narradoras: Diamela Eltit, Guadalupe Santa Cruz, Mercedes Valdivieso; y de cinco poetas Marina Arrate, Carmen Berenguer, Eugenia Brito, Soledad Fariña y Elvira Hernández, en este libro que ya en su título da señales de la diferencia de la producción narrativa y poética de la que se ocupa, en primer lugar, de la llamada “literatura femenina” y de la diferencia de concepciones, perspectivas, prácticas de lectura desde las que se abordan los textos y, en segundo lugar, las relativas a los estudios literarios y de la crítica tradicionales u oficiales.

Pareciera conveniente hacer algunas consideraciones sobre este título. Lo primero que cabe decir es que estamos ante una “lengua víbora” y no ante una “lengua de víbora” o viperina que, como bien sabemos, en cuanto murmuradora y maldiciente, se nos achaca con frecuencia discriminatoria a las mujeres. La supresión de la preposición que Raquel hace, interviene la expresión tradicional, privándola de su veneno, de su sentido peyorativo, para afirmar sentidos y connotaciones de otro signo, que se ligan a descripciones e imágenes propuestas para el reptil y que ponen de relieve otros atributos que el veneno de la lengua: sus pliegues y enroscamientos, su tendencia a ocultarse entre la hierba o incluso, como en algunas especies, a vivir subterráneamente haciéndose visibles sólo al remover o cavar la tierra. Pero el diccionario latino nos advierte que, además, vípera-víbora viene devivus-pario: producir vivientes, dar vida, parir, hacer nacer, señalando que en Cicerón el verbo parare no sólo se utiliza para vivus, sino en la expresión “parare verba” para aludir a creación de palabras.

Sentidos etimológicos que, creo, deben integrarse en la comprensión del título del libro, del trabajo crítico que él contiene y de las hablas de las narradoras que estudia: “dislocadas, torcidas, simuladas en las relaciones con la normativa de la lengua (como la víbora entre la hierba o en la tierra); hablas plegadas que, en sus dobleces pueden portar “los eslabones semióticos” de otro sistema de signos que al destilar el deseo (no el veneno) desdican los discursos dominantes que las constituyeron “huecas”, signos vacíos, pura réplica envenenada de un deseo de poder no formulado” y que así, alterando los poderes dominantes instalan en lo público, traen o dan vida en él, a lo femenino, a “lo otro” en la pluralidad de sus manifestaciones de exclusión y marginalidad social, cultural, histórica, latinoamericana y lo hacen en textos que constituyen diversas objetivaciones o actualizaciones del texto sudaca en la propuesta de Diamela Eltit que

Raquel Olea describe así: aborda y se abre a la contaminación de lenguajes y géneros (literarios y sexuales) que (des)figuran lo latinoamericano; lenguajes nómades (sub)urbanos, familiares, residuos de etnias y usos, lenguajes sociales, políticos, culturales, como estratificaciones que cruzan significantes de poderes y no poderes múltiples, otorgándoles sentidos a las territorialidades corporales, lingüísticas, urbanas, geográficas expoliadas por lo dominante”.

Lengua víbora que produce vida también la de la crítica que alterando los poderes de la crítica institucionalizada y oficial, instala en lo público, da vida en él, a una crítica que se interesa en ejercer su propia liberación del deseo de constatar prejuicios de lo masculino y lo femenino en los textos, que cumple un rol cuestionador del discurso hegemónico y constituye lecturas en permanente búsqueda y exploración que procuran contribuir a la producción de discursos que hagan emerger sentidos latentes de los textos literarios, para operar rendimientos críticos y propositivos de imaginarios culturales movilizadores de “otras” interrogantes a las identidades y los fines de las existencias.

Una crítica que no se sitúa en la incomodidad y ancillaridad del “corral ajeno” donde, como dijera Adriana Valdés las mujeres hacían inútiles gestos de sumisión, tomando en la palabra las “caricaturas de la condición femenina para esconder –o disimular por lo menos, lo profundamente “poco femenino” de su gesto de escribir, de sustraerse del silencio”, una crítica que también ha superado la etapa de las “tretas del débil” y que se establece con dominio de variados saberes, si bien, como dice Raquel, desde “un espacio aún precario, sin la solidez de un aparato teórico sustentado de verdades propias e inamovibles, buscando hacer emerger un discurso “otro” dubitativo del propio quehacer”; una crítica que, pareciera, avanzar hacia una escena de integración en la que estos quehaceres no se conciban o perciban como “contracultura” pues, si bien nace marcada por los signos de la subversión a los órdenes establecidos de construcción del saber, está ya instituida, y aún cuando no entra en interlocución con ese saber acumulado, me parece, tiende a ello. Veo esa tendencia en este trabajo crítico de Raquel Olea que, leyendo los textos de mujeres desde la perspectiva de género, piensa en su integración en la plural red de relaciones de una historia literaria abierta a la diversidad, que rompa linealidades, cronología, clasificaciones, que dé nueva vida a la historia, a los textos. Otro signo del sentido etimológico de esta lengua víbora porque, citando otra vez a Adriana Valdés: “Los textos excesivamente clasificables, están amenazados de muerte; de muerte si evocaran de antemano oposiciones preconcebidas, una “contracultura” que fuese sólo el negativo o el reverso de las femineidades convencionales y se agotaran en esa representación. Y la representación, cuando se cuaja, cuando se coagula, cuando se enfría, es la muerte”.

Veo también esa tendencia a la interlocución en el gesto de Raquel de pedir a alguien como yo que presentara su libro, en la idea supongo, que se proyectara sobre él la perspectiva académica. Pero como mi relación con la academia, como institución, no es de adscripción completa a sus dictados y, en lo particular de los estudios de género, soy sólo una “allegada”, sólo he podido responder a su confianza–y no a sus expectativas–con este texto que tiene los signos de la inestabilidad y precariedad propias de los que se enuncian desde una situación que corresponde más bien a las de las “tretas del débil” que a la propiedad de quien identifica con claridad el lugar desde el que asume la palabra. Por ello, mis disculpas.